

# Las obreras mexicanas luchan por sobrevivir en medio de la precariedad del empleo

**Milenio**

**25 de diciembre, 2008**

En México el supuesto de que la incorporación de las mujeres a la producción eliminaría las causas de su rezago no ha pasado de ser una ilusión.



**CIUDAD DE MÉXICO.-** Una vez por semana dos o tres camionetas recorren las lodosas calles del barrio "Los Reyes-La Paz", en la periferia de Ciudad de México, distribuyendo piezas para confeccionar unos 50 pantalones o camisas por cada una de las costureras de la zona, que deberán tener listas las prendas para la semana siguiente.

Por coser todo el día para algunas de las tiendas departamentales más grandes y lujosas, en una especie de "fábricas ensambladoras a domicilio", perciben unos 4.000 pesos, el equivalente a unos 400 dólares mensuales.

"Son la riquillas del barrio", dice María Ortega, una vecina que debe viajar tres horas, de ida y vuelta, para ganar 1.500 pesos (150 dólares) al mes limpiando un edificio de oficinas.

Pero debido al generalizado sistema de "outsourcing" carecen de cualquier vínculo laboral con los puntos de venta final -que ofrecen sus productos a precios que pueden superar en un 500 por ciento el costo de los materiales y la manufactura- y ni siquiera poseen algún tipo de contrato con las empresas que intermedian la operación.

En cualquier momento, por cualquier motivo, pueden perder su trabajo, sin tener cómo y a quien reclamar.

Beatriz Solano, de 35 años, pensó "esta vida no es para mí", y viajó a la frontera norte para trabajar en una de las casi 3.000 ensambladoras ("maquiladoras") estadounidenses instaladas en la región. Ya está de regreso, desempleada.

En México el supuesto de que la incorporación de las mujeres a la producción eliminaría las causas de su rezago no ha pasado de ser una ilusión.

Estas mujeres, además de encargarse de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos, cuando no son jefes de hogar (proveedoras y administradoras del único ingreso) para la subsistencia del grupo familiar, no tienen otra alternativa que aportar otro salario para complementar los aportes del marido.

Según el Consejo Nacional de Población, en 2010, 6,6 millones de hogares mexicanos estarán a cargo de mujeres.

María llegó al Distrito Federal a los 17 años para casarse con su prometido, un obrero de la construcción. Tuvieron dos hijas. Después su esposo murió. Ella aprendió a escribir su nombre

con la ayuda de su hija más pequeña, que concurre a la escuela.

La mayor, de 25, no estudia ni trabaja y su marido, ayudante de herrería, está desempleado. Con cinco dólares diarios, María tiene que proveer el sustento para los cuatro.

La experiencia de las costureras y de las operarias en las "maquilas" no tiene sólo un sesgo personal, sino que es representativa del contexto económico y social en el que se desenvuelve la pobreza femenina en México.

En 2006 en la industria maquiladora trabajaban 2,8 millones de mujeres asalariadas, según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo correspondiente a ese año.

Aparentemente se trataba de una buena oportunidad laboral formal para las mujeres: en Tijuana, por ejemplo, Beatriz podía ganar entre 500 y 1.200 pesos semanales (entre 50 y 120 dólares).

Pero son muchos los aspectos negativos que Beatriz -como tantas trabajadoras mexicanas- ignoraba sobre esta opción, comenzando por el alto costo de vida y la inseguridad en las ciudades fronterizas.

Las condiciones de trabajo son precarias. Cuanto menor la edad de las operarias, menos experiencia, lo que facilita el sometimiento y garantiza la falta de problemas para los patrones: como no existen contratos escritos las trabajadoras nunca llegan a saber cuáles son sus derechos.

La mano de obra femenina está siempre en inferioridad de condiciones con respecto al salario, a la calificación de las tareas realizadas y a las promociones o ascensos.

México se encuentra en el lugar 99 de 115 países de Norteamérica, Oceanía y Europa en los índices de equidad y género.

Además, en la industria en general y en las maquiladoras en particular el empleo/desempleo de mujeres constituyen la variable de ajuste según la situación económica de las actividades a las que se dedican (automotriz, electrónica y textil, mayoritariamente) y, sobre todo, en función del desarrollo tecnológico de los medios de producción.

En los años setenta, los cambios productivos abrieron las puertas a las mujeres porque la fuerza física de los hombres dejó de ser necesaria y disminuyeron las exigencias de capacitación.

En los noventa, con la suscripción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés) entre Canadá, Estados Unidos y México, se produjo el "boom" de las maquiladoras fronterizas, atraídas por los incentivos fiscales, la desregulación y la flexibilización de las condiciones laborales.

El desempleo y los bajos salarios en todo el país hicieron que hombres y mujeres compitieran por los puestos de trabajo en esas fábricas. En la carrera por las jefaturas de línea, los mejores salarios y los puestos de mayor responsabilidad y estabilidad, nuevamente ganaron los primeros.

Los procesos productivos se automatizaron casi por completo y los empresarios esta vez arguyeron que los hombres estaban más capacitados para operar con robots y electrónica.

Además, llegaron al colmo de decir: "Antes las mujeres eran abundantes, jóvenes y baratas. Ahora son escasas, viejas y caras", relató Beatriz.